

LAS VIDAS DE UN DIARIO

(paráfrasis de un cuento de Julio Cortázar)

Después de la 1.ª edición: 1961. 2.ª edición: 1962. 3.ª edición: 1963.

Copyright

Nació antes que el sol.

Apareció un buen día
entre las poderosas
planchas de la imprenta
y lo fundó un suave
olor a tinta fresca y a
café recién colado.

Al nacer nació, junto
con sus hermanas
gemelas, un banco suave
y comfortable sobre el

que reposó el vecedor
que esperaba, al filo de
la madrugada, la llegada
del autobús urbano.

Después se convirtió en
avión cuando sus hojas

Christian



volaban sobre la banda estirada de la casa amarilla.
Pero al nacer dejó de ser avión para volverse diario,
cuando los habitantes de la casa lo leyeron.

Desde las seis hasta las diez de la
mañana.

cuando le hijo mayor de
la familia se lo llevó
conseguido para leerlo en el
café del taller. Pero
cuando le joven lo arrojó
sobre la banca de un
parque, dejó de ser
diario y se volvió un
sencillo montón de
papeles entintados, sin

propósito alguno.

Hasta que llegó la
anciana y lo convirtió en
copia durante unos
minutos y, nuevamente
en diario, cuando leyó
sin poder sus páginas
completas.

Y siguió siendo diario

Una la tarde. Por unos breves instantes fue perseguido
en medio de un chubasco enorme que hizo correr a la
lectura con tal agilidad que parecía otra vez tener
quince años. Y al minuto siguiente, el diario de
nuestra historia se descubrió convertido en canasta
de mercado con manojos de espinas y rebos de cebolla
tratando de sus páginas.

Pudió su tinta, fue triturado, hervido, planchado y
procesado y se volvió un rollo temeroso de papel
filando sobre el que, a media noche, volverían a
imprimir palabras nuevas.

Así que, otra vez, nació antes que el sol y al nacer lo
fundó un suave olor a tinta fresca y a café recién
colado.



Nació antes que el sol. Apareció un buen día entre las poderosas planchas de la imprenta y lo inundó un suave olor a tinta fresca y a café recién colado.

Al nacer formó, junto con sus hermanos gemelos, un banco suave y confortable sobre el que reposó el voceador que esperaba, al filo de la madrugada, la llegada del autobús urbano.

Después se convirtió en avión cuando sus hojas volaron sobre la barda altísima de la casa amarilla. Pero al caer dejó de ser avión para volverse diario, cuando los habitantes de la casa lo leyeron desde las seis hasta las diez de la mañana.

Y siguió siendo diario cuando la hija mayor de la familia se lo llevó consigo para leerlo en el camino al taller. Pero cuando la joven



lo arrojó sobre la banca de un parque, dejó de ser diario y se volvió un sencillo montón de papeles entintados, sin propósito alguno.

Hasta que llegó la anciana y lo convirtió en cojín durante unos minutos y, nuevamente en diario, cuando leyó sin prisa sus páginas completas.

Caía la tarde. Por unos breves instantes fue paraguas en medio de un chubasco enorme que hizo correr a la lectora con tal agilidad que parecía otra vez tener quince años. Y al minuto siguiente, el diario de nuestra historia se descubrió convertido en

canasta de mercado con
manojos de acelgas y
rabos de cebolla
brotando de sus
páginas.



Perdió su tinta, fue triturado, hervido,

planchado y procesado y se volvió un rollo inmenso de papel blanco sobre el que, a media noche, volvieron a imprimir palabras nuevas.

Así que, otra vez, nació antes que el sol y al nacer lo inundó un suave olor a tinta fresca y a café recién colado.





Julio Cortázar nació en el año de 1914, en Argentina, y vivió muchos años en Bélgica y en Francia. Sus amigos lo llamaban Cronopio. Además de ser un amante de la literatura, a Cortázar le gustaba, con pasión, la música. Escribió muchos libros entre los que podemos mencionar: Rayuela, El perseguidor, Las armas secretas, Bestiario, 62/Modelo para armar, Crónicas del observatorio, o Un tal Lucas. En otro de sus libros, en Historias de Cronopios y de Famas, Cortázar escribió un cuento corto que se llama “El diario a diario”. De este cuento tomamos la idea central que aquí presentamos.*

** Cortázar, Julio, Historias de Cronopios y de Famas, Ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1969, página 71.*